



VIDA SILVESTRE

TEMAS SOBRE PROTECCION Y
CONSERVACION DE LA NATURALEZA

J U L I O 1961

Nº 4

EL FUEGO Y LA DESTRUCCION DE LA NATURALEZA Pág. 1

Autorízase la reproducción de los artículos de este bo-
letín con expresa indicación de su origen.-



PROVINCIA DE BUENOS AIRES
MINISTERIO DE ASUNTOS AGRARIOS

DIRECCION DE CONSERVACION DE LA FAUNA

50 - 723 -- La Plata

EL FUEGO Y LA DESTRUCCION DE LA NATURALEZA

Los ambientes naturales, en donde las condiciones aún guardan sus características primitivas poco o nada cambiadas, constituyen una de las preocupaciones del hombre inteligente que aspira a proteger y conservar la Naturaleza. Esos ambientes, que configuran un paisaje determinado y característico, son el receptáculo, el marco, el substrato, de una vegetación distintiva y de comunidades animales peculiares. Sea la estepa cubierta por el mantel de hierbas anuales o la estepa arbustiva en donde la tierra desnuda asoma entre las plantas achaparradas, cansadas de tanto luchar contra el viento, son ejemplos de otras tantas formaciones naturales y de ambientes generales. El bosque o el monte, la selva umbría, son otras tantas maravillas de la Naturaleza que están expuestas a fuerzas de diversa índole y origen que conspiran para su destrucción. Un área cualquiera destruida significa una pérdida tremenda por la multiplicidad de residencias distintas que comprende. Piénsese que la destrucción de una isleta de monte natural involucra la desaparición de todos aquellos animales que de una manera u otra están ligados al árbol: las aves que anidan en ellos, la fauna de la corteza, los insectillos que comen sus hojas, el mundo silencioso de individuos que hacen del nido su vivienda cómoda, la comunidad animal que habita en la hojarasca. Y si la pérdida o destrucción es total, si afecta a un área ponderable, es probable que con ese tremendo acontecimiento desaparezcan formas animales, como subespecies de hábitat restringido, y que ya no más podrán ser repuestas.

Uno de los flagelos más terribles de la vegetación y por ende de las asociaciones animales que allí viven, y en fin, del ambiente entero, es el fuego. La centella, el rayo fragoroso, son en ocasiones elementos naturales que inician el desastre. Pero el peor de todos es el fuego intencional.

El único animal del mundo actual capaz de hacer fuego es el hombre. Los antropólogos creen con fundamento que algunos de los semi-hombres africanos que vivieron en el período Cuaternario o Cuarterio, los Australopitecinos, sabían hacer fuego, y es probable que los hombres fósiles lo hubieran hecho o a lo menos que supieran conservarlo. De cualquier modo, en estos tiempos y desde que haya memoria histórica, solamente el Homo sapiens conoce procedimientos para producir fuego, pero lo que es penoso, es que lo use indiscriminadamente.

La piromanía es un hecho cierto y que asume proporciones pavorosas. Esta palabra (del griego pyr: fuego) tiene un lugar al lado de otros tipos demenciales y en este aspecto psiquiátrico ha recibido atención por parte de distinguidos especialistas. Pyr es palabra que sigue prestando su cálido símbolo a varias otras en castellano, entre otras a piropo que se construye con pyr: fuego y opsis: vista, y traducible como fuego que entra por los ojos y rebota en encendida frase.

Pero la tendencia semicontrolada y controlada tandifundida en el ser humano de hacer fuego, y propagarlo "porque sí", escapa al marco de las enfermedades mentales. Este es un aspecto muy llamativo de la psicología profunda del hombre civilizado, y quizás tenga que considerarse como una neurosis, o como la persistencia desfigurada o sublimada de antiquísimas vivencias. El hombre primitivo, y en general los de las proto-culturas y precivilizaciones, no usaba el fuego sino para los usos lógicos y previsibles; la preparación de alimentos, la confección de herramientas, la caza con fines alimentarios, la guerra como elemento ritual y mágico, pero nunca como instrumento de daño intencional o

como elemento destructor de la Naturaleza. El fuego, que junto con el lenguaje es una de las adquisiciones que han llevado al hombre por su propio camino evolutivo, distinto del de los demás mamíferos, era usado con reverencia, y su cuidado y manejo estuvo siempre ligado a las prácticas religiosas. Hestia, la diosa tutelar del hogar o Vesta por su nombre romano, era la protectora de la lumbre hogareña, esa que en la hornacina o en el poyo a la entrada de la casa se mantenía prendida día tras día. De ahí pues que el vestíbulo se llame así, que es justamente aquella parte de acceso a la mansión en donde se mantiene el fuego bajo la protección de Vesta. Siempre estuvo el fuego ligado a las más antiguas mitologías de todos los tiempos, Cuán sugerentes son los episodios del griego Olimpo, cuántas maravillas las cosas de los dioses cuando los mortales se apoderan de lo que no les pertenece. Quién no recuerda el mito de Prometeo que hurto la chispa quemante y fué por ello tan cruelmente castigado?.-

Las razones de la reverencia hay que buscarlas en el aparente milagro del mismo fuego, cuya esencia permaneció desconocida hasta el siglo XVIII. Es sabido que en los esquemas cósmicos de la antigüedad el fuego es uno de los elementos que completan la tetralogía natural. Desde Lavoisier sabemos qué es lo que ocurre cuando algo arde y la llama prende. El fuego es simplemente el calor y la luz que produce la combustión de un cuerpo, y esa combustión es una oxidación, o dicho de otro modo la combinación de un cuerpo con el oxígeno. Claro está que cuando se produce llama es el gas o vapor en combustión lo que produce esa luz y ese calor que tanto ha dado que hacer al hombre.-

El fuego era así objeto de reverencia y su mantención constituyó siempre un serio problema. Los medios de "hacer" fuego, tan ingeniosamente desarrollados por el hombre primitivo, constituían una tarea delicada y paciente, no siempre exitosa, y por eso mismo era una preocupación constante el mantener el tizón, la brasa, la llama viva, tanto en el lugar permanente de residencia como en viaje. Este fué en su origen el objeto de la llama votiva, y el porqué todo pueblo, toda aldea, mantenía un fuego comunal perpetuo. En torno a este elemento unitario todos los pueblos han tejido leyendas, supersticiones y tabúes.-

No obstante la ilustre prosapia del fuego, el hombre actual, el civilizado, no sólo ha olvidado la reverencia que le rendía y que ahora dedica a otras cosas, sino que emplea esa fuerza natural con una suerte de delectación infantil para destruir. Es claro que la destrucción por el fuego tomó tremendo incremento con la facilidad de hacerlo y con el invento de la cerilla química. Así pues, el responsable inocente de todo lo que vino puede haber sido Kammerer, natural de Wurtemberg, que hacia 1832 inventó la cerilla química a fricción. Dicho sea de paso, murió en un asilo de alienados.-

Cuáles son los impulsos que llevan al incendio intencional de un bosque, de una pradera, o lo que fuera?. De intento hemos de descartar el incendio con propósito secundario, verbigracia, daños a un tercero, o el que se inicia con propósitos de preparar una superficie para el cultivo. O sea, nos interesa el incendio sustantivo. Éste y es fenómeno corriente. Cuando Alcides d'Orbigny en 1830 y tantos nos relata sus impresiones de viaje en la campaña bonaerense, habla de lo corriente, que era ver a los nativos prender fuego al pajonal e iniciar así incendios pavorosos, "sin propósito determinable". Parece cosa cierta la supervivencia en el niño, en el joven y en el adulto, de una tendencia "atavica" a prender fuego y recrearse con su contemplación. La sensación de poder, de producir con tan poco algo tan maravilloso e inexplicable, puede ser uno de los motores que llevan al niño a repetir y gustar de las fogatas. Porque habéis visto que luego que la -

criatura ha descubierto el fuego, y jugado con él, prendiendo papелitos y luego lo que le viene en mano, no queda olvidado. La reunión en torno al fogón, a la pira llameante, es cosa difundida en todo el mundo y aún esta costumbre adquiere caracteres de ritual. Con piedad religiosa o sin ella, la llama oficia de elemento purificante en no pocas ceremonias de toda suerte. Por otra parte es también innegable que el hombre blanco sensible, que abunda todavía, y que conoce cómo esa fuerza se desborda, conserva o aprende ante el fuego la misma sabiduría que el antiguo.-

Que lleva pues a iniciar la destrucción de la pradera, de la estepa, del bosque o de la selva mediante el incendio con propósito sustantivo?

Es seguro que quien lo hace no tiene al nivel de la conciencia argumentos racionales para explicarlo. Ese impulso procede del trasfondo subconsciente o inconsciente y lleva o arrastra consigo algo comparable a la voluntad de poder, de imposición o afirmación de poderío, y si acaso de una especie de oscura revancha ante la magnitud y grandeza de la Naturaleza que sobrecoge. Este impulso más o menos incontrolado que conduce al desastre a la destrucción, por la llama, podría también considerarse como una manifestación más del conflicto entre Eros y Tanatos, las dos fuerzas básicas que ciertas escuelas psicológicas o psicoanalíticas creen que están presentes en el trasfondo humano y cuyos resultados y manifestaciones son antagonicos. La primera, expresándose por la tendencia a la perpetuación, a la reproducción, a la persistencia, la segunda por la destrucción y peyorativamente a la muerte. Eros y Tanatos son una manera simbólica y elegante de traducir el fenómeno de toda vida, cualquiera que sea, los procesos constructivos, como la asimilación, el crecimiento, la reproducción, y los destructivos, mucho más rápidos y que terminan el ciclo.

Cuales son los efectos del fuego en las comunidades naturales de plantas y animales? La palabra destrucción es simplemente una consecuencia global, que se hace más aparente y más terrible en la vegetación. A primera vista parecería que las consecuencias de un incendio son mucho más dañosas para las plantas, por su imposibilidad de huir, que para los animales, que tienen hasta cierto punto la posibilidad de escapar del flagelo. No obstante, la fauna menor, con escasa capacidad de desplazamiento, como es la compuesta por animales no voladores, difícilmente escapa a la muerte. La quemazón de una pradera, de la sabana, del bosque y de la selva perdona a muy pocos animales. Ya Hudson había observado en la pampa cómo las quemazones de campos vírgenes dejaban los roedores chamuscados y cómo eran presa de los chimangos. A la destrucción mediata debe sumarse la del elemento vivo que constituye por sí mismo el substrato o el soporte de otros seres vivos. La planta que sirve de sustento al insecto succionador, a uella que es buscada para deponer amorosamente la camada de huevos entre las vainas foliares, la fámula que se protege comúnmente de la excesiva sequedad en resquicios o escondrijos vegetales, la que vive en quietud sombreada por la corteza de los árboles, en fin, todo ese mundo inmenso por la variedad y numerosidad que vive a favor de las múltiples residencias especiales que procura la vegetación, ya no tienen más, después del incendio, su lugar de vida o perpetuación. Cuando menos, toda el área destruida queda así sustraída borrada por una ráfaga total e impía, a los procesos naturales de la vida. Pasados los efectos terribles del calor y de las llamas, de a poco comenzará una colonización del territorio afectado. Los vegetales capaces de crecer nuevamente por sus raíces gemíferas, bulbos, rizomas, si es que han escapado por su situación protegida en el suelo o si

////

han conservado un resto vital en alguna parte, vuelven a la vida; lo mismo que todos aquellos cuyas semillas han estado en el seno de la tierra o que advienen de los alrededores por los métodos habituales de dispersión. La fauna también, en parte, vuelve a penetrar del contorno habitado y los pioneros comienzan nuevamente la repoblación. La microfauna del suelo que se ha salvado merced a su capacidad de desplazamiento a niveles algo más profundos, retorna al lado de los cadáveres de los compañeros y es la cepa que reconquista para el futuro los derechos de la vida hipogea. Aparentemente se restablecen así las condiciones primigenias. Es enteramente cierto que el área asolada volverá a poblarse, que la vida silvestre es tan pujante que su potencial biótica compensa la catástrofe. Mas lo que se reconstituye es apenas el remedo, la sombra, el esbozo de lo que fué. Habéis visto allá en el sur, en los bosques de coigües y cipreses de la cordillera patagónica, las laderas semidesnudas con troncos secos elevándose como círculos desprovistos de plegarias? Habéis comparado con el bosque intocado de al lado? A poco que se mire veremos que el bosque quemado no retoma su aspecto, así pasen años. En vez de los majestuosos árboles de 20 y 30 metros de altura, sólo aparecen los renuevos, como si de cada abuelo quemado no quedase sino la fuerza de hijuelos desmedrados. Los espectros sombríos de los árboles muertos quedan como mudos testigos de la inconciencia, y quisieramos que sirvieran de lección para los inconcientes subsiguientes. Se persiste en zonas extensas del sur chileno y argentino, así como en muchas otras partes en emplear el fuego para los aclareos, procedimientos que según técnicos en Silvicultura surte a veces efecto favorable al estimular la regeneración de árboles determinados, tales el raulí y el coigüe, pero cuando el incendio primero se ha seguido con limpieza repetidas u otros incendios o cuando ha habido pastoreo, entonces la vegetación arbórea joven sufre graves daños o queda destruída. La situación es tan seria que un silvitónico de la FAO estimó en 1956, con voz de agorero, que de no corregir ese estado por pérdidas anuales naturales, explotación y sobre todo incendios casi siempre provocados, Chile agotará sus bosques naturales productivos, en medio siglo. Usar el fuego así, para aclarar o con cualquier otro objetivo semejante, significa un trágico error, pues el instrumento usado se evade del control. Muy distintas son las prácticas preconizadas en Silvicultura, en las que, dotado el hombre de equipos especiales, el fuego se utiliza dirigido, domado, y al servicio del hombre. Las grandes extensiones cubiertas de asociaciones arbóreas, en países de poca densidad demográfica, sin un equipo técnico perfeccionado; o en zonas naturales y alejadas de países más adelantados en estos aspectos, el uso del fuego para preparar terrenos laborables constituye una aberración, y quien quiera que no sepa reconocerlo no tiene más que ver los resultados.--

Una vez talado o quemado el bosque xerófilo, como el que aún persiste y hubo esplendoroso en la pampacia central y occidental, compuesto por esos chañares y caldenes respetables, ya no más veremos ese esplendor que traducimos en centímetros por el grosor del tronco, y el bosque queda transformado en una especie de matorral intrincado de plantas de naturaleza incierta entre arbusto y árbol. En otras palabras, casi toda asociación arbórea que ha sido destruída, no retoma sus características primigenias. Solamente en plazo muy dilatado ello podría ser posible, si es que las condiciones lo permiten. No obstante, como la acción humana se hace sentir conientemente sobre esas áreas, difícilmente las condiciones son las mismas para que tal renovación o retorno se cumpla, y las nuevas condiciones ya no son propicias para que la vida se repita. Por otra parte, como se dijera al comienzo de estas --

disquisiciones, si el territorio, devastado es muy amplio, lo que no es raro en esta parte del mundo, se corre el riesgo cierto de perder especies o subespecies animales únicas, y que ya no más podrán renovarse o reponerse. No es extraordinaria que existan especies o subespecies de área de dispersión reducida y cuya desaparición en gran parte del área que ocupan a causa de un incendio las deja reducidas a pobres colonias o poblaciones en desequilibrio y desventaja ante los factores competitivos que obran sobre ellas. El incendio, cualquiera sea su origen, es pues una trágica fuerza de desequilibrio que altera substancialmente la armonía siempre cambiante de la Naturaleza y cuyas funestas consecuencias, múltiples y variadas, no son subsanables sino a medias. Desde el punto de vista de la Sociología botánica o zoológica, ocurre que toda comunidad natural en el apogeo o máximo posible de productividad, que ha alcanzado el grado superior de estabilidad y equilibrio (lo que se llama comunidad climáxica), al ser destruida por el incendio, no puede jamás retomar ese estado. Es una pérdida irreparable. Así pues, el oficio de Casandra que nos hemos arrogado, no guarda ninguna desproporción ante la magnitud de la calamidad que representa el fuego como elemento destructor de la Naturaleza.-

Dr. Raúl A. Ringuelet.-